Diez apuntes sobre el oficio proyectual, una práctica de investigación legítima

Por José Muñoz

Este escrito fue leído en la conferencia brindada en el Seminario Aproximaciones a la Investigación en la Arquitectura y Métodos Proyectuales, organizado por la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad Nacional de San Agustín de Arequipa, en noviembre del 2019.

1. Los arquitectos en formación deben instruirse desde la práctica del oficio, como lo hacen los carpinteros, los músicos, los cirujanos, los atletas y los talabarteros. Cuando conocemos y nos entrenamos en el oficio, éste se convierte en habitual, solo así podemos comprenderlo, reinterpretarlo, defenderlo y transformarlo.
2. Un arquitecto oficioso desarrolla proyectos que no son más que respuestas pertinentes, eficaces y prácticas a las necesidades de sus clientes, comprende su quehacer y saca lo mejor de él: brinda más y mejores soluciones con menos recursos. Sus edificios no tienen problemas en las lluvias, en el frío y en el calor; encuentra en estos temas, verdaderos lineamientos e hipótesis que definen los caminos del proyecto.
3. La buena arquitectura no necesita importar sufijos y prefijos de otras ciencias para que sea suficientemente importante, interesante y transgresora; cuando recurrimos a esta práctica parece que estuviéramos evitando nuestro oficio intentando desesperadamente asociarnos de forma selectiva con otras disciplinas para que nuestra figura cobre cierta relevancia intelectual. El oficio del arquitecto siempre será suficiente para transformar una realidad específica y determinada.
4. Los tesisistas, sobre todo los de grado, no deben ni tienen que salvar el mundo con sus investigaciones y proyectos; lo único que tienen que demostrar es que han adquirido un oficio. Constantemente aparecen tesis con títulos que parecen proyectos de inversión de un ministerio o programas de una campaña política. La arquitectura hace política, pero la hace desde el oficio; en éste importa el *cómo* y no el *qué*, importa cómo solucionamos los problemas y no los problemas en sí.
5. La arquitectura, como manifestación cultural y artística, requiere de la práctica y desarrollo de ciertas técnicas. En este caso, técnicas de proyecto con valores intrínsecos que delinean posturas ideológicas y expresivas. La técnica requiere del oficio y, si es lógica, sofisticada, inteligente y rigurosamente implementada, encarna tácitamente los valores artísticos y trascendentes que nuestros encargos y nuestra disciplina necesitan.
6. En las técnicas de proyecto están las técnicas de representación. Cada proyecto exige formas particulares de (re)presentarse; el proyecto se define en éstas: *“los dibujos nos hablan”* dice Justo Solsona. Los dibujos, ilustraciones y maquetas son disparadores de investigación proyectual; gracias a ellos, intuimos y nutrimos posibilidades.

7. El oficio se entrena con una práctica de autocrítica constante. Descartar y retomar caminos que pongan en crisis lo avanzando, para ser ratificado o transformado, forman posturas abiertas y flexibles con resultados menos vulnerables. La práctica de la arquitectura necesita dedicación y tiempo. *“Tiempo para hacerla, tiempo para disfrutarla, tiempo para pensarla. Sin tiempo la arquitectura es débil y fácilmente manipulable por el mercado. Los proyectos que no son eficaces, que no emocionan, son los que se hacen sin tiempo”*, dice Patxi Mangado. Toda buena arquitectura lleva y exhibe el tiempo que se le ha dedicado, los esfuerzos y sacrificios que ha acarreado.
8. El oficio se ciñe siempre a la realidad, no la evita ni la camufla. La realidad permite que la arquitectura tenga un rol de servicio significativo, gracias a ésta se materializa, se consolida, y, con ella, a sus objetivos. La mejor arquitectura surge en tiempos de crisis, sin márgenes para la especulación. El ajuste de nuestro oficio a la realidad pasa por comprender y cuestionar el propósito que cada proyecto tiene, que no es lo mismo que funcionalidad. El propósito remite a una necesidad específica, es decir, el fin u objetivo para el cual se construye un objeto o edificio. Mientras más ajustado a sus propósitos esté la arquitectura, y los sobrepase, ésta será más bella.
9. Un arquitecto oficioso debe teorizar. Es una labor necesaria, constructiva y les brinda una extensión cultural y responsable a nuestros proyectos. La teorización debe ser práctica, debe darse y servir en el proyecto y no al revés: podemos caer en un círculo autodestructivo si nos excedemos teorizando. La teorización tiene fecha de caducidad en los tiempos del proyecto, aunque su accionar revive cuando estos se concluyen.
10. La investigación proyectual es intuitiva e inconsciente, y, por ello, interesante y siempre nueva. La investigación debe convertir nuestros proyectos en eficientes, debe articular, por un lado, un estudio historiográfico activo y, por otro, un análisis técnico constructivo. *“Una escuela de arquitectura debe enseñar cómo ya no se construye y cómo no se ha construido todavía”*, dice Josep Quetglas. La academia debe fomentar el cuestionamiento y reinterpretación de la historia de la arquitectura mediante estudios de caso prácticos y transferidos a nuestro quehacer. La práctica teórica e investigativa resulta fundamental en el camino hacia el proyecto epistemológico.